

Jornadas sobre Trabajo de Campo e Investigación

Facultad de Filosofía y Letras - UBA

Expositora: Silvia Grandal

Hemos llegado al final del trayecto. Y lo puedo decir en plural porque fue un trayecto conjunto y desde distintos lugares. Sólo los coordinadores tenían la certeza y confianza en que se podía llegar por este camino, un camino hecho al andar. Nosotras, las asistentes, teníamos ganas, curiosidad y preguntas o incertidumbres acerca de qué se hace y cómo se hace. Compartíamos con las/os educadores autores algunas de estas sensaciones que dan inseguridad al andar, y un necesario depósito de confianza en aquellos que ya habían recorrido el camino, aunque fuera un camino distinto.

Yo confiaba. ¿Por qué confiaba? Porque las reflexiones y temas que se conversaban y planteaban tenían que ver con mis expectativas acerca de una experiencia como la que se nos presentaba, y además tenían consonancia o sentido con lo que yo vivía, con lo que mi experiencia docente me decía. Y porque entendía que pararse en la “construcción de un camino” sin objetivos previos superpre-fijados y evaluados era una nueva metodología, y todo lo nuevo da vértigo. Y porque aprendí que, epistemológicamente hablando, la producción de conocimiento así concebido debe pasar necesariamente por estas “incertidumbres”. Para los coordinadores, esto también producía inseguridades e incertidumbres, entonces sentí que estábamos en un mismo barco.

Es muy difícil pensar ahora en lo que pasó sin hacer referencia a la experiencia personal en este tiempo transcurrido: 3 meses. Intentaré no hablar de ese proceso “personalizadamente”, (si se me permite el neologismo). Este término me resuena al de “estudiantar”, concepto del que habla Ferstermacher, por dos motivos. En primer lugar, por tratarse de un término nuevo. En segundo lugar, porque se trata de un concepto acerca de la formación docente que rescata la propia experiencia de aprender, el “aprender a aprender”, de los estudiantes de magisterio. El autor propone un nuevo “estilo” de formación docente. Es aquí donde aparece mi referencia, y es que uno de los objetivos del trabajo en estos trayectos, es la posibilidad de que el mismo acto de narrar experiencias de enseñanza significativas, sea a la vez formadora del propio docente y de los docentes que participan de la experiencia. Como egresada de la Licenciatura en Ciencias de la Educación, resultó para mí una práctica en ese sentido.

Por otro lado, agrega el autor, ningún docente puede transmitir esto a sus alumnos, si antes no es él mismo quien ha pasado por la experiencia de aprender por sí mismo, de aprender de su propia experiencia. Concluyo, luego de pasar y asistir a dicho proceso, que ha sido ésta una buena “metodología”, o experiencia de “formación”, o “capacitación”, o “aprendizaje en acción”, y/o recurso previo y necesario para una “investigación-acción”, que permitió a los educadores autores pensar, reflexionar y comprender su propia experiencia de enseñanza, a la vez que les proporcionó conocimientos nuevos para enseñanzas futuras.

Entiendo que esta experiencia aporta herramientas para el trabajo de co-aprendizaje con otros docentes y entre diferentes profesiones. Entre los educadores autores, algunos que ocupan cargos de conducción relataron experiencias de gestión. Otros, que ocupan cargos al frente del grado,

relataron experiencias de reflexión y aprendizaje con otros docentes, porque el mismo **sentido** de su trabajo, ese mismo sentido que los trajo a estos talleres, los llevaba a un trabajo en equipo.

Tal vez este sea un modo de acercarse a lo que Stenhouse llama “profesionalización”, considerando fundamental el “juicio del docente”. En este proceso de asistir al “proceso”, observo un reconocimiento del educador autor como persona digna, dueña de un saber válido, que parte de su experiencia, de su juicio crítico y reflexión consigo mismo y otros, todo esto fundado en un cierto “sentido” que se le da a la práctica.

Reviso mis recuerdos, sensaciones y, necesariamente, las anotaciones, la escritura. Un conocimiento importante que incorporé a mi práctica de enseñanza como maestra, y que aprendí en la formación de Licenciada, fue este interesante ejercicio de **volver atrás** en los aprendizajes y rescatar los procesos personales ocurridos a lo largo de esas experiencias. Es un proceso epistemológico. Es algo así como lo que uno necesariamente hace en la vida misma pero que en las aulas está ausente.

Cuando me acerqué a esta propuesta de trabajo de campo se leía: “transformar el **-saber en decir-** y el **-decir en escribir-** será parte de la intención y la práctica de nuestro trabajo. **Escribir experiencias es hablar y mostrarse a uno mismo**”. Valoro como profesional esta afirmación, pues en el sistema educativo (ámbito preferencial de nuestro trabajo) los saberes son concebidos como aquello separado de lo personal, alejado de contaminación o sensibilización “humana”, y alejado también del “juicio del docente” que plantea Stenhouse. La propuesta de “mostrarse a uno mismo” implica también ser claro con lo que pasa con los maestros como personas en un momento histórico de tanta “turbulencia” social que repercute y es parte de los contextos escolares. Negarlo es una manera de no reconocer la realidad, y dar lugar así a una realidad que no se transforma porque lo que se propone se basa en realidades inexistentes que no dan valor a la propia experiencia y propuesta de cada uno de los sujetos -docentes y alumnos-. De este modo se desconocen experiencias interesantes, encasillando a todas bajo el título de “baja calidad de la educación”. Despilfarran esfuerzo y dinero, pues es posible que la solución a muchos problemas educativos esté allí, en las propuestas de muchos docentes, directores, secretarios, y no se están dando cuenta.

Inevitablemente, durante todo este proceso vinieron a mí muchas lecturas de otros momentos como también le pasó a las educadoras autoras de relatos. En cada momento de intercambio de los talleres estas lecturas surgieron. Y esta era una pauta de realidad: estábamos haciendo un trabajo integrado en lo personal, y no alienante. Hago referencia especial a Paulo Freire, educador autor si los hay, y latinoamericano (no tan presente la mayoría de las veces). Es justamente en un libro que Freire¹ escribe a los maestros, y casualmente son **cartas** a maestros de escuela, una escritura o tipo de texto personal, donde plantea que la persona al pensar se guarda la posibilidad en su cuerpo consciente de escribir, de la misma manera que al escribir continua pensando y repensando tanto lo que está pensando como lo ya pensado. Y a continuación dice: “ESTA ES UNA DE LAS VIOLENCIAS QUE REALIZA EL ANALFABETISMO”, castrar ese cuerpo consciente de las personas “prohibiéndoles leer y escribir, limitando su capacidad de, leyendo el mundo, escribir sobre su lectura, y al hacerlo, repensar su propia lectura.” Afirma que el analfabetismo mutila las relaciones entre **lenguaje, pensamiento y realidad** y se constituye en obstáculo para asumir la plena CIUDADANÍA.

¹ Freire, Paulo: "Cartas a quien pretende enseñar"

Si se asume bien esa relación de tres, resulta una creciente capacidad CREADORA de manera que cuanto más integralmente vivimos, tanto más nos transformamos en sujetos críticos del proceso de conocer, enseñar, aprender, leer, escribir, y, especialmente en esta instancia de mi carrera, digo también: estudiar.

Leí en la carrera textos de Bruner sobre el estilo narrativo. En trabajos profesionales anteriores me vi en situaciones de taller con maestros donde aparecía la imposibilidad de escribir. Y aparecía también el reconocimiento y conocimiento de muchas experiencias que llevan a cabo los docentes en las diversas escuelas del sistema educativo, incluso en contextos de pobreza donde no faltan obstáculos. Estas dos cuestiones me hicieron buscar en la experiencia de los talleres una respuesta, y fue esa es mi “intención personal” en participar.

Bruner² habla de la “externalización de una obra colectiva” al referirse a obras que dan orgullo e identidad a un equipo. Los relatos son personales a la vez que colectivos por su proceso de construcción.

En un contexto en el que se presencia un angustiante desmembramiento del tejido social, tal vez sea bueno pensar en lo que se vivió y construyó en esta experiencia de escribir documentos como formas de construir una “cultura viable”.

Bruner rescata la actividad cognitiva que tiene lugar al externalizar, al pasar de un estado implícito a otro explícito. Como decíamos en los talleres, incursionar en lo “obvio”, haciendo una obra “pública”, negociable y solidaria. Para el autor, el mayor HITO como proceso de externalización fue la ESCRITURA.

El intercambio resultó interesante y se contraponía a lo caótico de los encuentros: no todos llegaban en hora, tenían dificultades para participar. En algún caso una docente llegó al final del encuentro, pero llegó con su borrador. La imposibilidad en un principio de encontrar un aula, o de usarla, teniendo que reunirnos en el bar Platón. Se vivió realmente la horizontalidad, objetivo constantemente enunciado pero muy pocas veces logrado.

Éramos todos docentes dentro del sistema o fuera de él. Para mí, en particular, como licenciada novel, la experiencia implicó la posibilidad de poner en juego conocimientos y formación en la acción, en la realización. No en esta dicotomía de siempre entre teoría y práctica. Fue una práctica profesional.

Me quedan preguntas: cómo se pueden utilizar estas producciones para aprender y modificar la práctica de los docentes y licenciados. Siento la necesidad o curiosidad, de trabajar estas producciones más allá de la experiencia. Cuál es el camino para que esta experiencia, acotada y particular, se extienda a otros docentes del sistema.

Fenstermacher afirma es necesario cambiar la manera de pensar la realidad de los docentes para que los hallazgos de una investigación realmente contribuyan a modificar las prácticas escolares. Para finalizar, entiendo que reconocer la experiencia del docente, la autoría, su “juicio propio”, y también su “malestar”, es parte de la transformación y democratización.

² Bruner, Jerome, “LA EDUCACIÓN: PUERTA DE LA CULTURA”, Ed. Visor, 1997
Cap.1-Cultura, mente y educación.